

Ileana Álvarez: la danza es un espacio de libertad

Suplemento Cultural n.º 70;
agosto-septiembre 2006

Es directora de Danza UNA, uno de los proyectos artísticos emblemáticos de la Universidad Nacional. Artista entregada a su profesión, habla con pasión de ella y desde ella.

Ileana Álvarez (IA): Respecto a la danza yo sentí un llamado, una especie de magnetismo que me atraía mucho, como que era algo en lo que yo podía invertir mi energía.

Rafael Cuevas (RC): *¿Hace muchos años?*

IA: Hace veintiún años.



RC: *Veintiún años de bailarina. ¿Fuiste estudiante en la Universidad Nacional? ¿Te formaste ahí como bailarina?*

IA: Yo entré aquí sin saber nada. Tenía un curso como de tres meses del Taller Nacional de Danza, que dirigía Mireya Barboza, y la danza me empezó a cautivar; sobre todo ir teniendo logros, moldeando el cuerpo, por ejemplo.

RC: *Tenías cuerpo de bailarina...*

IA: No, de hecho, cuando me dijeron que empezara, lo primero que me dijo el director fue «tiene que perder peso», en parte por el estereotipo que existe, que el bailarín y la bailarina tienen que tener ciertos requisitos físicos. Aun así, yo siento que nunca he encajado mucho porque soy de



contextura gruesa y más fuerte que flexible. Algunas críticas se han referido a mi cuerpo como «atlético», y a mi modo de bailar como «agresivo», más que lírico. Esto último siempre fue un reto para mí, precisamente porque me cuesta. Entonces, me gustó eso: que con mi esfuerzo yo iba obteniendo logros, que era algo que yo no había sentido nunca en mi vida. Podría decir que en mi vida anterior a la danza estuve un poco privada de libertad y, para mí, cuando llegué a ella, la danza fue un espacio de libertad. Mi familia no sabía mucho qué pasaba en danza. Era donde yo podía ser yo, lo cual estaba avalado por mis padres, porque era una carrera universitaria y eso los tranquilizaba, al ver que yo había encontrado *una carrera*. Pero la danza era mi mundo, ellos mismos no se explican en qué momento me hice bailarina y, todavía a estas alturas, me dicen que por qué no dejo la carrera y me meto a estudiar medicina... algo *serio*, menos incierto, en donde se viva menos al día.

RC: *Vos te encontraste, entonces, en la danza.*

IA: Sí, fue el espacio en donde empecé a conocerme, aunque no sé por qué fui llamada. Muchas veces el bailarín llega a su vocación por un acto casi de narcisismo. Muchos

bailarines tienen un problema de autoestima grande y el ser artista escénico es como una atracción; además, estando ya uno imbuido en la danza ella te enfrenta con vos mismo. Estar frente al espejo todo el día te enfrenta con vos mismo. Al principio, siendo uno muy joven, siempre busca las cosas afuera: pensás que teniendo un buen cuerpo, una buena técnica o siendo bonita las cosas van a salir; pero después de sufrir mucho uno se dice: «No, este no es el camino», y se da cuenta de que el camino es hacia adentro. Entonces recién la danza empieza a darte otra vertiente que es *hacia adentro*. Mucho de mi carrera fue en función del otro, de quedar bien, de hacer coreografías que gustaran, de cumplir como intérprete en las competencias con los otros... ¡todo ese infierno! Siento que el infierno ya lo viví bastante, me cansé y busco ahora más hacia adentro. Ahora estoy en un momento de transición, en un proceso de cambio fuerte en el que me pregunto hacia dónde me enrumbo.

RC: *Habiéndote formado en la Universidad Nacional como bailarina, ¿qué rescatás de esos años? ¿Quiénes te marcaron entonces?*

IA: Jorge Ramírez. Siento que él fue mi maestro, una persona que con su ejemplo de constancia y con las



clases de primera que daba me estimulaba mucho. Incluso me marcó por su manera personal de ser. Yo lo seguía. Siento que ahora hay muy poco esa relación maestro-alumno. Antes, nosotros como que admirábamos a los maestros. Siento que ahora se ha perdido. No solo eso: pareciera que ahora los jóvenes no se preocupan por dilucidar quién te puede aportar más allá de la técnica, en el plano mental y espiritual. En mi caso, yo sentí que Jorge Ramírez era un maestro para mí y, hasta la fecha, tengo cosas que se formaron con él. Me marcó mucho.

RC: ¿Qué pasó después de la Escuela de Danza?

IA: Yo me concentré en estudiar. Hoy, siento yo (no sé si por el predominio del *fast food*), hay poca paciencia en los alumnos, y quieren resultados rápidos y la formación se descuida. Empiezan a bailar muy pronto, sin realmente estar formados, buscan resultados rápidos y empieza la *danza* desechable que quiere innovar a todo trance, pero no se ven las raíces. Yo siento que en esta profesión hay que echar raíces para poder perdurar. En mi caso, he tenido mucha paciencia. He ido viendo como llegan lentamente los resultados y, como dije, me he concentrado en estudiar. Por otro lado, hacia el

final de mis estudios en la escuela se fueron enganchando cosas. En mi último año, vino invitado el ecuatoriano Luis Enrique Mueckay a dirigir la Compañía de Cámara Danza UNA. Tenía una serie de ideas nuevas para nuestro medio: basta de la bailarina bonita y ¿qué pasa con los personajes toscos, agresivos, burdos y feos? Estaba muy presente, en ese momento, toda la problemática de Pinochet, y él quería hacer una obra en la que apareciera el General con sus soldados, y eso ninguna bailarina quería hacerlo porque no querían verse feas. Siendo nosotros, los estudiantes, aspirantes a la compañía, nos ofrecimos para hacer ese papel. Se quedó todo un año, luego del cual me ofreció irme con él para su país. Él tenía una rama muy teatral en su propuesta, lo cual a mí me funcionaba, porque yo técnicamente no era muy diestra, por lo que acepté y me fui. En Ecuador tienen una tradición de mucha expresividad, aunque los bailarines modernos no tienen gran técnica, porque lo que más han desarrollado es la danza clásica. Sus búsquedas están muy vinculadas a todo lo indígena.

RC: ¿Qué significó para vos el Ecuador?

IA: Bueno, fue un choque.



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Sin Derivadas 3.0 Costa Rica.

RC: ¿En qué aspectos lo fue?

IA: Primero, ver todo ese mundo indígena que me lleva a preguntarme sobre qué es Costa Rica, qué es lo que nos ha pasado, dónde están nuestros indígenas, dónde están nuestras raíces, hacia dónde hemos estado enfocando la danza, por qué los ecuatorianos son tan raros, pero tan orgánicos, qué es lo que nosotros tenemos más que ellos: más técnica, pero con propuestas tal vez un poco más superficiales o copiando patrones europeos, y ellos tan auténticos. Uno se da cuenta de que la técnica es un instrumento y no un fin, que es lo que pasa aquí, que la técnica es el objetivo de mucha de la formación que se tiene. Es cuando uno se dice: «Bueno, hay otro camino», y es el camino que mencioné antes, más hacia adentro, cuando uno se pregunta de dónde vengo, qué soy, qué tengo incorporado en mi cuerpo, qué tengo reprimido, a qué le tengo vergüenza...

RC: ¿Cuánto tiempo estuviste en el Ecuador?

IA: Estuve un año; hicimos *La cantata urbana* sobre los quinientos años de la llegada de los europeos a América con gente de teatro y música en vivo. Fue una experiencia linda y me volví a Costa Rica

porque ya no había más posibilidad de trabajo, estaba ilegal y mi familia me presionaba. Al volver me incorporé a Danza Universitaria con Rogelio López, que ya me había aceptado antes de irme. Estuve siete años ahí. Esa fue otra etapa. Siento que Rogelio aprovechó todo el vuelo que yo había logrado en Ecuador, porque allá había interpretado personajes que tal vez aquí no habría tenido la posibilidad en ese entonces: hacer de prostituta, hacer cosas cómicas, todo mezclado con el teatro. Esto me empezaba a funcionar porque me permitía incursionar en más elementos expresivos: la voz, la risa, solamente caminar o correr y no tanto el virtuosismo técnico. El concepto pasaba a ser lo más importante.

RC: Si hubiese que resumir en una frase qué significaron esos siete años con Danza Universitaria, ¿qué dirías?

IA: Una escuela a todo nivel: personal, dancístico, profesional.

RC: Eso fue a mediados de los noventa. ¿No es cierto?

IA: En el noventa. Salí de ahí porque se me agotó. Hubo un momento en que yo quería hacer mis propias coreografías y ahí me era difícil.



Hice una, y con esa gané un Premio Nacional, pero sentí la necesidad de buscar mi propio rumbo y no depender tanto de una persona para crecer. Rogelio es muy talentoso, un gran maestro. En esos años, estaba ahí dedicada de lleno al trabajo interpretativo. La relación con él como único director, coreógrafo y maestro era muy estrecha, lo cual fue una experiencia importante, que llegó a su final al cabo de siete años. Fue entonces cuando fundé Stratego-Danza con Alexander Solano, nos fue muy bien aunque sin dinero. El del Premio Nacional lo invertí en los siguientes montajes, pero luego el escenario empezó a tragarse todo. Volví, entonces, a la Escuela de Danza de la Universidad Nacional, para hacer la licenciatura que, según como estaba diseñada, me daba chance para hacer montajes propios sustentados en la investigación. Fue una buena experiencia en la que fluyó el reencuentro y, luego de concursar, empecé a dirigir Danza UNA, en donde estuve del 2000 al 2003. Ahora, nuevamente la dirijo.

RC: *Y ahora están preparando algo. ¿De qué se trata?*

IA: En la Universidad Nacional hay un fondo de producción destinado a un espectáculo interdisciplinario. Cada año se elige un proyecto por

concurso y se monta. El de este año es *La fábula del bosque*, una ópera de Mario Alfagüell basada en la obra de Fernando Centeno Güell. Yo dirijo la coreografía, Álvaro González dirige la música y el espectáculo total Luis Carlos Vásquez.

RC: *¿Qué ha significado para vos Danza UNA?*

IA: Danza UNA ha significado la posibilidad de contar con intérpretes profesionales, de continuar mi proceso como coreógrafa y maestra. Hay ciertos límites, ya que las acciones están enmarcadas dentro de los lineamientos establecidos para el proyecto. Algunos montajes me toca hacerlos con poco tiempo y no siempre responden a tu inspiración. Hacer el montaje de *La fábula del bosque* yo no quería hacerlo porque se trataba de concebir un montaje en un mes y consideraba que no contemplaba las necesidades reales de tiempo que requería el proceso creativo, para que fuera placentero para todos. Pero bueno, también uno puede tomar esto como un reto y aquí es donde toca hacer lo que hay que hacer y valerte de tu fuerza, talento y oficio. Creo que lo importante para un artista, al trabajar para una institución, está en lograr un equilibrio entre las necesidades de la institución y las tuyas como artista,



de qué manera se pueden llenar ambas partes, para que el trabajo resulte satisfactorio.

RC: *Supongo que eso originará tu próxima crisis... Pero también intuyo que con Danza UNA estás contenta.*

IA: Sí, claro que sí. Estar dirigiendo Danza UNA es un sueño que siempre tuve, a estas alturas ya me acostumbré a que la vida es cambio, y que hoy estoy aquí y mañana quién sabe. He sufrido mucho apegándome a las cosas y ahora aprendí a disfrutarlas en el momento que suceden.

RC: *¿Y qué ves hacia el futuro?*

IA: Nunca ha estado más incierto que ahora.

RC: *¿A qué aspirás?*

IA: Aspiro a llegar a síntesis en mi trabajo artístico, ser un poco maestra, dar clases, profundizar en la enseñanza. Que la coreografía tenga su propio ritmo sin premura o preocupación. ¡Debe ser posible!

